
3 1761 07297351 4

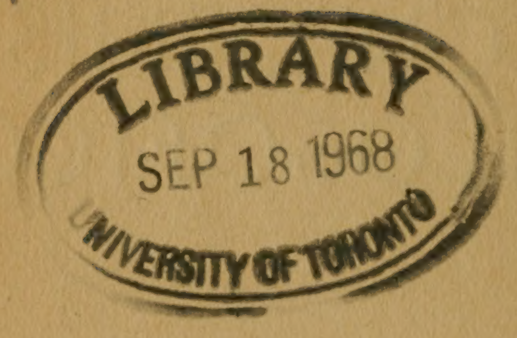
MI DISCONFORMISMO FILOSOFICO

OMAR VIÑOLE

MI DISCONFORMISMO FILOSOFICO



EDITORIAL CLARIDAD
BUENOS AIRES


LIBRARY
SEP 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

¡Los pueblos siempre han sido grandes! Les han dado a algunos idiotas —que los manejaban—, la ilusión de que eran indispensables.

Omar Viñole.

Al doctor Francisco W. Torres, profesor de filosofía de la Facultad de Derecho de Córdoba, que orientó, con bondad, mi temperamento filosófico. Contemporáneos, ¡ese es un maestro!

Omar Viñole.

Hoy.

A Natalio Botana, amigo animador, de una extraordinaria cultura filosófica, que creyó en mi desesperación.

Omar Viñole.

PRÓLOGO

Si todos los actos satíricos no respondieran a un determinado plan de trabajo, con contenido social, carecerían de finalidad humana. El problema de la cultura de las masas tiene la edad de la primera civilización. En algunos intelectuales está excitado, porque el proceso de "barbarie" se atraviesa individualmente. Los pueblos no tienen problemas. ¡Lo tiene el hombre de ese pueblo! En estos puntos cardinales de mi disconformismo filosófico, trato de que la juventud —para la cual escribo— entresaque las conclusiones que mejor crea, de la actividad panfletaria, de la que me he servido, para lograr la discusión de mis ideas. ¡De nada le servirán al catedrático! El maestro de un instituto debe ajustarse a un programa determinado, para que los alumnos reciten su bolilla. Yo he aspirado a socorrer al hombre, que está en medio del dolor por su pan diario, y el dolor de su dramático destino. ¡Yo he sido un profesor fracasado! En mis cursos, de especialidad "científica", hablaba de cosas que no estaban en la materia. Busqué una cátedra más amplia, y caí en el gabinete de la sociología contemporánea. Valórese el penoso proceso de interpretación negativa a que se ve sometido un operario expulsado de los textos. Lo que está en los libros no es necesario enseñarlo. Con recomendar al autor y la librería donde se vende, se soluciona la "severa" labor de los académicos. Por otra parte, cuando un escritor con finalidad social ha salido a la superficie, ya la anonimidad

se ha "fagocitado" una tarea no despreciable. Cuando se empieza desde abajo, para ganar paulatinamente la popularidad —a fin de ser discutido, rechazado o aceptado—, queda en el "subsuelo" el eco de los mejores esfuerzos. El que tenga vocación a la filosofía deberá inventarse muchos vicios para combatir la hipocresía cultural. Repito que hay una falsa idea de esta especialidad, que la han hecho tétrica los que la mantienen con mistificación. ¡EN CADA HOMBRE HAY UN FILOSOFO! Estas páginas —apuntes de divulgación— están reclamando las sugestiones del que las lee. Tienen la imperfección de un libro que tenga cierta amenidad transmisible. Si su estilo un poco "déspota" registra cierta ignorancia, ¡es la ignorancia preconcebida con que debe expresarse la interpretación de las "cosas"! Los maestros —a mí mismo— sólo me han encaminado. ¡Lo demás estaba dentro de mí! Progresivamente, la experiencia ha de corregir las imperfecciones de un espíritu y de un cerebro. Pero si en la contienda entablada con la especulación "extraterrena" hay momentos en que creemos desesperarnos, ya que el filósofo vive sus ideas con la realidad con que la mayoría contempla las cosas objetivas; en el proceso de la difusión de una actitud no deja de ser brutal, así, ¡brutal!, la multitud de prejuicios que hay que vencer. En especial, cuando se invade la calle, para vehiculizar una ansiedad. Cúmpleme, a solo título de referencia —para que saquen fuerzas los de ánimo caído—, relatar los fenómenos "premonitores" a mi popularidad. Cuando inauguré la "UNIVERSIDAD AL AIRE LIBRE", en la ciudad de Córdoba, los términos de la simpatía se opusieron de una manera por demás malévola. Ya no era la clasificación cordial de "loco lindo", como en este país de irresponsables e insolventes se entrega a los que no concuerdan con las ideas generales de una colectividad. Las personas de mi relación, los estudiantes, los profesores de la Universidad que yo

mordazmente llamaba "con techo", el vulgo; se había entusiasmado con la idea de que yo era un neurópata, aquejado de alguna "lues no tratada". Trato de que la simpleza verbal no reduzca la terminología usual, para que el sentido, literal, ilustre y corrobore la importancia del proceso. Excluídas las apariencias, ¡la historia es la formación de un hombre que la hace, o la escribe!

Transcribo una nota periodística aparecida en el diario "CRITICA", a propósito de la inauguración de la "UNIVERSIDAD SIN TECHO".

"VA A INAUGURAR UNA UNIVERSIDAD AL AIRE. Como Sócrates, su primer curso, lo dará en una plaza pública. El sábado, a las 16 horas, Omar Viñole, autor de más de veinte libros insolentes y personalísimos, inaugura en la plaza San Martín su primer curso de la Universidad popular, de la que es fundador, rector y profesorado. Es de imaginarse el revuelo que ha levantado en la ciudad el solo hecho del anuncio de esta Universidad al "aire libre", en la que se otorgan títulos de "Ingeniero de sonidos", "arquitecto de escándalos" y "doctor Depravatius causas". Y lo trágico es que Omar Viñole ha creado una atmósfera. En gente joven, especialmente, ha encontrado la acogida a su empresa de "intracultura". O sea, ser sabio, pero no evidenciarlo a los ojos públicos. Porque lo singular de la prédica del autor de "Jesús en una casa de departamentos" es que predica el estudio como la única forma de documentarse personalmente ante el posible engaño. Vale decir, que hace cultura, pero para adentro. Brega por la conquista del hombre y de su espíritu, porque Viñole dice que el ciudadano, jurídicamente juzgado, ya no se pertenece. ¡Ha desaparecido! Este regreso de la civilización hacia la selva, que tenazmente incita este escandaloso escritor, tiene, con distintas faces, grandes similitudes con muchos pensadores europeos. Con Omar Viñole ocurre una singularísima circunstancia. Córdoba le permite sus escán-

dalos porque lo conoce en todas sus variadas faces. Aspecto que él mismo coquetea en denunciar y ampliar, porque en el interior hay un alma soñadora y creadora de sugestiones. En escultura y en pintura, sin ser academista, ha movilizado problemas de innegable interés estético. Viñole es el único político que trató en el programa de su partido Pan, la política filosófica de la raza. En ninguno de los parlamentos argentinos se ha tocado aún tan delicado e impostergable tema. Ante la apatía de algunos diarios locales en difundir su programa, Omar Viñole ha anunciado sus cursos con el disparo de veinte bombas, pues entiende que se le debe oír. A nadie se le ocurre viajar en carreta. Así lo estima este escritor, y no vacila en sobreponerse y franquear el estancamiento mental que disfrutan los ciudadanos de un pueblo. De cualquier manera juzgado, Viñole es un nuevo problema en nuestra cultura, que viene enfermando a la academia."

Dejemos por un instante de comentar la crónica que antecede, insertada como documento original, para considerar la sonrisa con que fué recibida la inauguración de "La Universidad sin techo". Este "establecimiento" fué "organizado". Semanalmente llevaba la vaca a la plaza, y daba mis conferencias. A los asistentes les entregaba un rumboso título, que en nada se diferenciaba de los entregados en la Universidad "con techo". Así, previa consideración, que publicaba en una revista titulada "Urotropina", dábamos los nombres de los legisladores y los ciudadanos más negados, de la burocracia, que soportaban el título de "doctores", "ingenieros" o "arquitectos". Y lo que fué acogido como una histrionada pintoresca, al poco tiempo era dramático. ¡El mercado de los Universitarios se vino abajo! Cuando se saludaba en la calle, adiós, "Ingeniero", simultáneamente se interrogaba: ¿De qué Universidad es aquel ingeniero? ¿De la sin techo o de la con techo? Si esta sátira

sangrienta, hecha nada menos que con la "Casa Trejo" y la trisecular Universidad, no fuera explicada, con sus detalles, carecería de contenido. Los factores inmutables de esta cultura burguesa son los que yo he aspirado desmovilizar. Al poner en ridículo los privilegios de un tipo de Universidad capitalista, realizaba una temperatura que amenazaba la seriedad de estos hábitos.

El resultado es problemático como fin inmediato. Pero contribuía a que los mecanismos de un establecimiento, manejado descaradamente, perdiera su tensión y su respeto.

"La locura, en cualquiera de sus formas, afecta, globalmente, todas las funciones psíquicas y motoras". La grotesca semblanza en la que el Rector de la Universidad con techo efectuaba para presentarme como un alienado, por mi "Rectorado" de la "Universidad al aire libre", tiene gran similitud a la teoría desarrollada por los enemigos, para darnos la idea del "degenerado" que era Nietzsche al asegurarnos la existencia del superhombre.

En rigor de verdad, la insistencia periódica con que yo narro estos acontecimientos lleva un anhelo. Estimular la voluntad, para estar por arriba de la discusión y "clasificación" contemporánea, que es lo primero que debe buscar el filósofo. Para llegar a tener una sordera de plomo a los "diagnósticos" de afuera, he sufrido profundamente. Coetáneo de una sociedad que tiene codificados sus errores, desde cuatro siglos, no es simple liberarse de "leyes" de orden "moral" que nos tiene atados. La vocación filosófica desemboca en un complejo místico, y el misticismo son las formas un tanto morbosas del fakirismo. ¡TODA ESPECULACION FILOSOFICA CONCLUYE EN LA OBSCURA VIA DE LA VOLUNTAD! ¡LA VIDA ES UN ACTO DE LA VOLUNTAD! Al verificar todas las emociones individuales —inenarrables— habremos probado el valor

de esta humildísima tarea, con la que creo servir una finalidad de perfección social. Tratemos de buscar la nivelación arriba y no abajo; la acción corregidora debe estar asociada a una técnica. Mi nihilismo cristiano no es, ni mucho menos, flamante. Si mis rasgos morales e intelectuales sirven de referencia para las pruebas de la razón, puedo asegurar que en toda mi obra no he sustraído ni adulterado un solo pensamiento. He "fabricado" todas las posturas que encajaran —sin inocencia— en la superficie de mi espíritu y mi finalidad. Y si perjurando los métodos constituídos he impugnado al materialismo, cúlpese esta discordia, a que, filosoficamente, mi vida es un acto individual. En el enorme capítulo de mis errores he afirmado el individualismo como una de las formas de la selección pura. Y al remitirme a la crítica yo no puedo ser excluído o suprimido de examen. He ofrecido, como entidad humana, la agitación de mi cerebro por una causa perfectamente humana. Téngase por mí la moderación que se tiene al juzgar un hombre que trabaja.

Ante la estupefacción de un auditor, que en cada "curso" se hacía más numeroso, he desmenuzado en extensas charlas filosóficas, en la "Universidad sin techo", la esencia y naturaleza de estas clases "ateas". La masa —incrédula de por sí— se aproxima a los hombres que le aseguran que el objeto principal de la vida no es el dolor, sino la serenidad. Escapando a la "pequeñez y extrañeza" de la técnica, he logrado —entre las vacilaciones— darme incesantemente al amor y entretenimiento con que se trabaja, para derribar un monstruo afirmado y alimentado por los que sufren su persecución (el capitalismo). Además, no escapará a la inteligencia del lector, de la sagacidad de que hay que valerse para que la persecución de "esbirros pagados" para perseguir lo que ni siquiera conocen, no sea una burda escena de detención policial. Sindicado de anarquista —cuando sólo

soy un poeta—, me he visto envuelto en toda clase de murmuraciones y dificultades. En la vida económica, científica, política e intelectual he sufrido —al detalle— la desmonetización arbitraria. En el dominio de la sátira y la ironía he podido atenuar la lucha. Sometido voluntario al "panfleto", para que en el terreno de los contrastes se robustezcan los elementos del equilibrio social —mal o bien—, he financiado mi derrota, ante los que no quieren comprender, que no hay esfuerzo estéril cuando se pone al servicio del hombre.

La "Universidad al aire libre", que yo inauguré en la ciudad de Córdoba, no tenía otro objeto que el de efectuar un replanteo de la especulación filosófica en un medio que, por su evidente cultura, está facultado para ser "laboratorio" de la actitud espiritual de un escritor que medita y quiere sacar experiencia para la formación de su personalidad. Si yo tomé a los habitantes de esa ciudad de "chanchitos de la india" ha sido para que estos apuntes tengan la honradez de un proceso observado con rigurosidad.

PRIMERA PARTE

LO QUE ES EL FILOSOFO

Es necesario concederle al hombre la supremacia del conocimiento. Es el único gabinete en el cual ha de verificarse la experiencia humana. Se llega a la actitud espiritual de la filosofía después de haber comprobado que sus investigaciones científicas no calman su dramático destino de morirse. Para llegar a robarle alguna verdad probable a Dios —boya de oro puesta en el océano de las almas para no perder la razón— es necesario que se sitúe en el espacio puro. Fraccionándolo, podrá lograr establecer el tiempo. Reduciéndolo más, lo condicionará a la historia. Historia, sucesión de hechos que se pierden en el límite. Pero con esta fórmula no se es filósofo.

Llega a serlo el hombre de una irresistible curiosidad. El que se sienta capaz de flagelar su personalidad social, para integrarla a la especie. En puridad, el hombre es uno solo, repetido —permítase la licencia— en un caviar de cabezas. Los sexos tampoco separan. La biopsiquis humana también es una sola. Diferenciada al solo efecto de perpetuar al hombre —y trascender la coexistencia de la mente—, que es la única e insoluble unidad. La realidad sensible no le interesa al filósofo sino como prueba para la otra. La no sensible. Para codificar los fantasmas no palpables, hay que poner un puente entre la tierra y el vacío. Es brutal, pero es el lugar a donde deben desplomarse los que tienen el hábito de interrogar.

CURIOSUM NOBIS NATURA INGENIUM DEDIT.

EL MUNDO Y EL HOMBRE MODERNO

¿El hombre moderno necesita refugiarse en Dios, para poder existir? ¿Sin fe el hombre anula su cualidad de ente razonable?

En ninguno de los dos aspectos puede ser expulsado de la función humana. Ajustarse a la fe, ciegamente, es humillarse. ¡No olvidemos que la fe es el fundamento de la teología, empequeñecida contemporáneamente, porque al desaparecer el dolor ha caído en la postración burguesa!

La fe en Dios tiene una profundidad espiritual que no debe desdeñar el filósofo, porque lo remite a la inmensidad. Al depurarse de esa inmensidad debe asistir al mundo para completar su unidad y tomar parte en la acción humana. Si el hombre elige definitivamente una especulación abstracta, tendrá en su interior una duda abrumadora. No dejará de pensar que sus afirmaciones de infinito están bordeando la sociedad. Se haría intolerable el problema de la verdad filosófica si excluyera los movimientos que se encadenan a la actividad.

La India —meditativa por excelencia biopsíquica—, prescinde hasta de sus problemas de higiene cuando recorre el mundo con combinaciones sin predominio funcional. ¡Para el cerebro no hay fantasía! Hay lógica, aun en las descripciones no relacionadas con la sabiduría, siempre que ésta se

funde en los motivos de la razón. ¡Aunque sea una razón individual! La alegría en creer se acerca a la "euforia". Comparable a las producidas por incentivos mecánicos (fenómenos de toxidad).

Si el hombre vacila no faculta con esta actitud su propia persuación. Sospecha así eludir la tarea de discurrir sobre la existencia de su credulidad. Cuando introduce esta seguridad desecha las ramificaciones mentales y agrega una interpretación no clara del todo. La fe es expansión eterna, que anima e influye en el medio. La fe en sí mismo es la calificación de la fe en su origen. Y de nuevo estamos en el punto de salida. ¿Es el hombre de origen divino o no es de origen divino? He aquí que cuando un problema le aqueja se emancipe de la historia de los hombres frente al mundo. ¡Y queda él! ¡Solo y consultativo! Es su caso el que le reclama —terminantemente— una respuesta. El cree o no cree. Está expuesto a que su interpretación de la fe, en Dios, sea "prestada o de su propiedad". ¡En la esfera de la duda es cuando el hombre denota detalladamente la virtud de creer!

LA FELICIDAD NO EXISTE

La frase kantiana cobra actualidad: "Todo, hasta lo más sublime, se empequeñece en manos de los hombres si utilizan sus ideas en su provecho".

El cristianismo, con su grandeza, en la suavidad de su potencia filosófica llevó al hombre a la desaparición de sí mismo. El heroísmo del hombre está en que su entidad espiritual ha de alejarlo cada día de los fenómenos de la biología, hasta concluir con una entidad casi autónoma. El que alcanza a ser filósofo ¡desaparece! Porque en sus meditaciones cancela el apetito "endócrino". Meditar es vivir en la lejanía. ¡Donde está nuestra meditación! El que medita ha desterrado la idea de la felicidad para quedarse con la idea de la serenidad. ¡EN LA FELICIDAD SOLO PUEDE CREER EL CEREBRO PRIMITIVO Y EGOISTA! ¡LA FELICIDAD NO EXISTE!

Porque en tanto participa la combustión del organismo, en ciertos extasis, la mente —que integra este estado— no puede escaparse de la materia. La "cultura" tiende a hacer soportable las contradicciones biológicas. La justificación no es el acatamiento de los cambios efectuados sin nuestro "permiso". Al desaparecer la idea de la felicidad, de las masas, se precipita en la idea del obscurecimiento. Pero si individualmente desesperamos para escurrir-

nos de esta sujeción enemiga, llegaremos a afirmar que la felicidad está en renunciar. El porvenir es decisivo cuando se renuncia. ¿Qué son las tentaciones de la carne ante las tentaciones del misterio? El filósofo se encorva ante el misterio. Aprende a cuidar de su carne, para que le sea permitido escudriñar el carácter de la "máquina" de su inteligencia y de la duración de este resorte mental, que le ha conferido el conjunto más amplio de comprobaciones espirituales. Aspectos de las "festividades". El no filósofo tiene que ceder al medio. ¡El filósofo no cede al medio!

LAS SENSACIONES DE LA SOCIEDAD

Fouillée, en su "Sistemes de morale contemporains", formula una conclusión digna de repetirse. "El hombre trata de economizar sus pensamientos". Sus exaltaciones están aliadas con la cobardía para meditar. ¡Meditar es librarse! La única libertad social que existe es la de la idea. ¡No hay otra! ¡Tampoco debe interesarle otra! ¡Es libre cuando desconfía de la fe que tienen los otros!

Si la filosofía es el camino y la justificación de los aparentes desórdenes, las sensaciones son los "fantasmas" más exactos de su paso por la "tierra". Un militar empenachado es una sensación. Una casa, es una sensación. Un viaje, es una sensación. Un hijo, es una sensación. Una amada, es una sensación. El origen del desprendimiento que el filósofo tiene de las cosas de la "tierra", es porque no vale la pena tanta fatiga y tanto lodo para lograr, a la postre, una sensación. Para concretar estas sensaciones y hacer que ellas tengan la vida de la realidad objetiva, le basta con fijar su idea en ellas. Nunca una sociedad instrumentada y condicionada a la dirección de las leyes y estipulaciones jurídicas puede tener para la filosofía otro carácter que el de "sensaciones". Al emanciparse de la imaginación primaria, la domesticidad a la etapa histórica, se efectúa por sensaciones. Mañana vuelve tu madre, le

dice el padre a su hijito frente al cadáver de su esposa. Le consuela con una sensación, el proceso inapelable de transformación de la "muerte". El humano comienza a "lactar" en sensaciones, que no por ser "mecánicas" están sustraídas de la secreta compensación psíquica. En la armonía con que se nivela el orbe sólo el alma no está huérfana. Los materialistas —sensación de los que temen no encontrar el método científico que los salve de morir— se abisman cuando un filósofo espiritualista les asegura que hasta su organismo es una sensación. Tanto, que cuando nos retiramos a la selva y el Estado ha perdido la idea de que somos una sensación que nos trasladamos, ya nadie se ocupa de afirmar nuestra existencia, sino como sensación, como recuerdo — sensación de inmortalidad.

Los objetos y las piezas puestas a nuestra vista, al tener contacto con las imágenes retrotraídas por la "geometría de la historia mental", vuelcan en el mundo interior las representaciones de las imágenes exteriores. ¿Cómo puede ser veraz lo que nuestros ojos contemplan y nuestros sentidos tocan, si nosotros mismos no existimos sino por el cúmulo de sensaciones que están fuera de nosotros?

EL DOLOR DE LA FILOSOFIA

Imaginad —toda idea es una realidad— que en este instante se os hace depositario de todo el oro en circulación. ¿Cuál no sería la tragedia de vuestra vida frente a la responsabilidad dramática de tener en custodia el patrón mecánico con que —en la vida de relaciones— la sociedad se sirve para dirimir su canje de fuerzas entre el régimen capitalista y el trabajo?

Así la espontánea angustia y dolor del hombre, que un día establece que él es legatario del primer acto hasta el último, en el cual Dios forma la costumbre de la eternidad. Hasta antes de los treinta años nadie puede verse definitivamente adentro. Presiente que una perfección, llamada a superarse, subconscientemente, le ejercita en el hábito de examinar su destino. Y así como el hábito del trabajador en el preparado de anilinas da a la sangre elementos defensivos contra los tóxicos que maneja, su "trabajo", mental, le irá otorgando cierta prudente paz para asegurar ante sí que él es el "laboratorio" en el cual el problema de la perfección puede darse.

¡La responsabilidad es dolorosa! A la inversa del que no la tiene para sí mismo, el que quiere ser "dueño" de la actividad mental deberá desconocer la marcha que efectuó anteriormente. En otra vida.

(El racionalismo de Cousin explica la condición de despertarse con distinto desarrollo, aceptando alguna teoría cartesiana).

Porque en volver a explicárselo de nuevo —partiendo del punto de la no muerte del alma—, entretiene el ocio de su discernimiento actual. Librado a la fiscalización, empírica o "científica", su propio análisis le impondrá el mantenimiento absoluto en el impulso de lo puro. ¿Qué es pureza? El dulce ejercicio y la práctica de hábitos que no resisten a la fisiología del alma. ¡Siempre refiriéndonos al alma del filósofo! ¡Excluyendo la de los cuerpos enfermos! Es decir, organismos "procesados" por patologías o intoxicaciones mentales. El filósofo no sufre cuando está al margen de toda "orgía" coetánea. Como no sufre el marino en las tempestades. Aquél se defiende con el equilibrio de su razón. Este, con el equilibrio de sus conocimientos en navegación. El plano de la "balanza" no debe oscilar en ninguno de los dos casos. La precipitación de un alma es porque ha perdido la "balanza". Idénticamente a la precipitación de un cuerpo.

El dolor —calificación desordenada dada a lo imprevisto— desaparece, para dar lugar al patrimonio de la responsabilidad. He aquí por qué el filósofo no puede mentir. ¡Dice su verdad! En el peor de los casos, puede diferenciarse de las otras. ¡Mas esto no probaría que está engañado!

LA CIENCIA NO EXISTE

A los sistemas que pueden probarnos, normas medibles y pesables, se les llama ciencia. ¡La ciencia no existe! Es un argot disciplinado históricamente para regular y completar la unidad social. El filósofo puede —y acaso debe, en mérito al orden— respetar esta mentira. Es un sofisma más, que para revelarse contra él es indispensable reemplazarlo con otro. Un problema científico subsiste, en tanto otro no pruebe el error. Servet es quemado vivo, por las autoridades oficiales, porque asegura que la sangre circula. Así la ciencia. La física, la biología, la química, la astronomía, etc., son leyes que existen en la eternidad. La ignorancia del hombre le permite reglarlas cuando advierte que éstas ceden a mecanismos que él maneja. Es el único juguete más o menos serio, porque importa dolor conquistarlo.

Para ser un hombre no es necesario poseer sabiduría. La logra para dominar. Pero independientemente puede eludir la idoneidad en esta "potencia", sin disminuir —para el filósofo— el valor que posee como sensación humana. Como aptitud intelectual, no es superior un hombre documentado al otro no documentado. El documentado puede manejarse con la razón de sus conocimientos. El no documentado se administra con la explosión de sus instintos biológicos. El primario es el único

hombre no deformado. Es inocente negar importancia humana al ser no ilustrado. La ilustración es posterior a su nacimiento en la tierra. La socialización contemporánea reclama disciplina. Organizar el Estado —forma adulta de la tribu—. El filósofo se desocializa. Se integra al objeto de su curiosidad final. Se burla de la ciencia porque no consigue rescatarlo de las manos de la muerte. Por este camino no se conforma. Ya que la "sabiduría" no le otorga serenidad, la busca en la filosofía. El día que haya ciencia siempre será el furgón de cola de la especulación metafísica, que es también un mito vulnerable y empírico.

El filósofo está seguro de su única verdad. ¡LA DUDA!

EL HOMBRE NO EXISTE

Esta afirmación parecerá no tener predominio. Pero —en su infinita realidad— el hombre no existe. Sólo es un ensayo de la voluntad, ad referéndum de la muerte. Para que un hombre con vocación a la filosofía pueda decir esto sin inmutarse y sin perder la razón, ha debido pasar por todos los principios angustiosos de su comprensión que se resistía a acatar. El positivista es el único que sufre. Porque cree en lo que toca. Creer a lo palpable es ofuscarse con otro engaño. Porque es la resistencia de lo no existente. ¿Y si no existe, qué es lo que resiste? Sólo se trata de fenómenos nerviosos. Actos psíquicos, actos de inhibición, actos instintivos y acciones reflejas, que construyen la red destinada a darle sensaciones. Puede seguir viviendo un hombre con todos estos reflejos abolidos. El acto voluntario se cancela, sin nuestro asentimiento. Por eso el hombre no existe. ¡Crece! Su presencia sólo es una forma del crecimiento. Aspecto vegetativo de la eternidad. Nuestras reacciones se clasifican con autonomía. El proceso motor de la psiquis del filósofo es el único que le atestigua su clasificación humana. Todo filósofo es, en consecuencia, espiritualista. Si niega su propio viaje, es un ofuscado. Si evidencia con supremacia mental la no existencia de lo desconocido, la ha afirmado. Sólo existe

lo que se resiste. En el proceso de intoxicación celular no se delinean con nitidez las categorías que componen nuestra inexistencia. Se agudiza la facultad filosófica a medida que las sensaciones de la naturaleza pierden su influencia y su toxidad. Nuestro vacío provoca una reacción que modera la química biológica de nuestro cuerpo. Dentro de ese arco de reflejos el iniciado en esta especulación mental puede hacer de lo efímero la sustancia de su realidad.

NO EXISTEN RAZAS

En el desplazamiento del planeta habitable se consideran razas a la cantidad de seres humanos cuyos elementos psicológicos y morales responden a una tradición meteorológica, climatérica, territorial, etc. A esta distribución equitativa del hombre en la tierra o en el agua se le llama razas. Para el filósofo no hay razas. El patrón denominador no hace ni más feliz ni menos feliz el sentido de su alma para soportar su destino. La tradición sólo cumple y encarna petrificaciones primarias o secundarias en su desenvolvimiento. Para la balanza de su interior, el contacto con seres sometidos a la misma disciplina es probable que prolongue la gravedad intelectiva de una "raza". Pero está probado hasta el cansancio cómo se quebranta una generación cuando el curso "racial" refuta en la práctica las determinaciones de los hábitos. Experimentos de una convulsión no sensible, afirman que el rumbo de una "raza", una cultura, no se sobreponen a los movimientos anímicos. El hombre rodeado del instinto con que fué hecho tiene conexión con el hombre. Acelerado o retardado en su caída al planeta habitable, se encuentra conmovido por la concepción materialista, de la que busca evadirse, para no estar en la flagelación de los dictados vegetativos. Las mímicas, a cuyo tipo pertenecen los distintos lenguajes, no perturban su raigambre espiritualista. Si merced a esta concepción se dió existencia a un solo Dios, ¿cómo es posible que para el nexo de su razón humana se le den al hombre tantos dioses como razas?

LA MORAL COMO UTOPIA SOCIAL

En la especie humana no hay acto inmoral. La moral es una utopía, cuyas características utilitarias se recomiendan para disfrutar de un equilibrio ilusorio. Todo lo que haga el hombre es moral. Resígnese o no, la sociedad y Estado —ente posterior y representativo de la sociedad—, a acatar esta verdad absoluta, no podrá —sin usurpar la realidad filosófica—restarle autonomía. Sobre bases de estricta vacuidad se ha montado la moral humana. Los apóstoles de una interpretación moral son hombres de voluntad tenaz. Unicamente. La prosperidad de una doctrina moral finca en la resignación para acatarla. La propaganda que se condicione a una moral determinada concluye por excluir las otras. He aquí el proceso de inhumanidad. El factor fantasía asegura la esperanza social con una técnica moral que mejor sofoque la instigación biológica. Por eso hay que desechar la lucha con las educaciones que atestigüen servir una escuela. La moral de la cultura capitalista es la recopilación de las utopías al servicio de castas históricas.

Al solo fin de impulsar la "construcción", debe aceptarse la moral que más se acerque a las combinaciones animales. La valla que prive al género humano de realizarse en su propiedad salvaje, sólo es una trama sutil que altera la finalidad de la es-

pecie. Con una corriente moral no se desentraña el misterio. Se arraiga. Ni el misterio puede ser extirpado de la razón humana. La cultura capitalista retarda la interpretación de la realidad filosófica. Cuando el ser, impuesto del proceso de su emancipación social, quiere constatar la palpabilidad de los conceptos de moral aprehendidos, la visión pura le obliga a retroceder para instalarse bajo el protectorado de las utopías. No se realiza a sí mismo. Es dependiente de la imaginación con que se construyó la moral. Los frenos inhibitorios para la acción malsana no son solidarios de las reglas que se le plantean. Por eso se defrauda y se estupra la conciencia. La mente es libre y sin coordinación activa con los hechos y estados temporales. Se acomodan, como la vista a las nivelaciones ópticas. En suma, sólo se trata de una finalidad literaria y estrictamente teológica, con el objeto de que en la interdependencia que hay entre el hombre y el Estado, este último pueda dirigir y preparar la masa para el usufructo de esa titulada moral. El Estado localiza en símbolos ficticios y en fábulas la moral humana. La moral teológica de la Rusia zarista fué cambiada por la moral individualista del marxismo. Jesús y Marx, dos espíritus con potencia filosófica, que escapan a la centralización de las escuelas y que representan la autoridad total del hombre, en su máxima magistratura — con sentido de eternidad.

EL ARTE COMO CONSAGRACION DE ERRORES

El arte no existe. Sólo se trata de la explicación de errores de interpretación, que hacen escuela. El campo en que se desenvuelve el arte es demasiado pequeño para el filósofo. El arte ha logrado constituir una clase. Para la especulación pura de la eternidad no hay áreas de predominio. Las preferencias mecánicas de un tipo de enseñanza son explicaciones atrevidas, en las que se agrupan estados pasivos de la deformación mental. Hay tantas escuelas como deformaciones mentales. Todas pertenecen al acto individual con que se penetre el éxito de una de ellas. Desmovilizar la escena en que los pseudos genios citan los ejemplos de su posesión definitiva, no es tarea del filósofo, ni su labor —que sería cándida— estaría compensada con la comprensión. Un estado puede con un decreto derrumbar una escuela de siglos. Véase la fragilidad de las escuelas. La titulación con que se expresa los acontecimientos de la emoción también entran en la mixtura y en el argot parecido al de la ciencia. La eficacia psíquica y la eficacia orgánica son del engranaje neurovegetativo. Las relaciones con la naturaleza que predominan en la sensualidad artística no acusan —ni someramente— un elogio para sus poseedores. Capitales de mediana importancia, canjeables en las corporaciones burguesas. El bene-

ficio humano del arte es problemático, porque lleva el asentimiento de un dolor extraño al dolor y peligros a que se ve expuesto el hombre de lujurias animales.

El llamado artista es un producto de la neuropatología, al que se ha debido atenuar, como forma de la galantería, para una actividad que no es incómoda a los demás. El gozo puro que promueve el arte —ya que de alguna manera el filósofo debe sindicar esta distracción— estará en el reconocimiento de la labor, en cuyo material entre el hombre, con la influencia eterna. Los privilegios de un tipo de hombre se aferran a un período sin permanencia.

NI LA MAMPOSTERIA NI EL MAQUINISMO SON PROGRESO

Existían "cosas" antes de nuestro nacimiento. Después hemos vivido la contemplación de estas "cosas". Más tarde hemos pensado acerca del grado de estas "cosas". La proporción de este proceso humano es análogo al del primer hombre. La mampostería y el maquinismo no han desigualado el límite de la humanidad, en cualquiera de sus etapas en la historia —documentos fraguados al margen de la verdad filosófica—. Prescindiendo de la existencia de muchas bellezas edilicias y de muchas máquinas, el pensamiento busca asegurar un poco de paz —aunque más no sea— para el hombre. El exceso de brazos de Judea lo remite Jesús —¡el hombre que nació sabiendo!— al padre nuestro. (Idealismo con una variante poemática). El exceso de brazos caídos en la sociedad actual hay que "endosarlo" a la especulación filosófica.

EL COMUNISMO CRISTIANO reserva en los dominios de la razón la paz urgente por la que clama el hombre. Si en los caracteres de la filosofía no se entrevén las evoluciones que se esperan en la vida social, carece la mente humana de fórmulas que salven los principios de eternidad. La especie, con sus exigencias, no tiene derecho a ofrecernos exclusivamente intranquilidades. Sino reducirlas a la

exactitud del equilibrio. Paralelo a la unificación del alma del hombre están los otros hombres con los que debe concordar para una finalidad de salvación. ¿Está ésta fuera del hombre? ¡NO! DEPENDE DE SU AMOR Y SU APETITO! Esta fuerza crítica que malgasta —sin eficacia— en hipótesis asentadas en la contradicción de afuera, debe volverla hacia su propia levadura. PARA EL HOMBRE SERA HUMILLANTE ESPERAR QUE LO SALVEN.

LA SALVACION DE LA MATERIA VIVA QUE EL MANEJA Y DE LA MATERIA ANIMICA QUE EL NO MANEJA, no está relacionada con los progresos incesantes de las "especialidades" de la técnica y de las doctrinas.

Cuando desaparecemos como experiencia contradictoria, hemos terminado con los sinsabores que nos vienen desde afuera.

LAS MATEMATICAS

Las ideas tienen su lenguaje. Las matemáticas —nombre genérico dado a las sensaciones del materialismo puro— han invadido, aprovechadas por la "poesía" de los movimientos, el campo de la realidad objetiva. La grandeza o la pequeñez de la teoría de los números no obliga ni expone al filósofo a una interpretación determinada.

La lógica de los números está basada en una probabilidad.

La aritmética oficial ya ha sido movilizada en algunas regiones del orbe. Entre los kamalayas, un metro son tres metros de nuestro sistema métrico decimal. Cabe establecer que no es una noción concluída. El infinito es una prueba que nos está asegurando que nuestras aspiraciones "matemáticas" representan la metafísica de los cálculos, colocados para concretar los símbolos que deben juzgarse como "científicos". Buscando las formas de impresionar la imaginación con elementos accesibles a la "palpación", se encontró el sistema de números cuya regularidad ofreciera una garantía a la razón. Las fórmulas de lo "concreto" y lo "numerable" no deciden sino la duda, en relación con un problema. ¡Nunca con sentido cósmico, que es la preocupación del experto en filosofía! Por ejemplo: un aviador subió a veinte mil metros, elevándose desde la tierra. Pero para el filósofo, ¿es ésta la tierra? ¿No tene-

mos agua bajo de ella? ¿No estaremos posando sobre una unidad de átomos, expuestos a perder su solidificación mañana?

La tierra es un nombre que "restringe" la facultad de clasificarla de otra manera. Así las matemáticas es el nombre dado, o la noción utilizada, para la tarea de subdivisiones que poco o nada colman la desesperación de un espíritu. Cuando hablamos de filosofía no debemos olvidar por un solo instante que se trata de una actitud espiritual frente al mundo. Con el taco de su botín, Galileo nos entrega la responsabilidad de una hipótesis. E pur si muove. El filósofo nos infiere otra realidad que nos satisface más a la transitoriedad de nuestro viaje. ¡E pur si pensa! Entre estos movimientos que han hecho la fuerza animista de una y otra doctrina, las matemáticas constituyen la cabeza de un error tan decisivo que permitió a Einstein sacar el elemento primordial de su incredulidad en toda la matemática "contemporánea".

Como instigación lógica al espiritualismo, es necesario dudar de la seriedad de una operación matemática. Diderot conminaba a ensanchar el ateismo en el materialismo. Por el vacío de estos torbellinos se forman los vapores de una seguridad con respecto a la inexistencia de las "matemáticas".

¡NO HAY RAZAS!

Para el filósofo no hay razas. Los distintos pigmentos, las distintas constituciones físicas, los distintos territorios con modificaciones meteorológicas, las distintas imágenes, no pueden ser para la filosofía otra cosa que la adulteración lograda, con una finalidad repudiable. La "máscara" o el "gas" que consume y emplea un tipo humano no traza ni renueva la sustancia de su "entidad".

Esta idea en "bruto" sufre las modificaciones indispensables para la sociología y el argot jurídico. Habíamos convenido que la técnica humana es una interpretación fugaz para ser considerada en los problemas que se relacionan con el espacio puro. El grado de impresión que pueda recibir el lector, al comparar su soledad, ha de dar la medida de la distancia en que está con respecto a la filosofía pura. Jesús de Nazaret no habló para las razas, sino para el hombre. Si a la impenetrabilidad del misterio, la teología —secta que pretendió modificarlo— le tejió afirmaciones para separar el contenido —en su provecho— originario, y "fragmentó" el género humano, se debe a su incorporación como comunidad usufructuaria en la vida de relaciones. El filósofo cristiano —en el sentido de eternidad como lo fué inclusive Jesús— desecha la actividad que tienda a clasificar el hombre. ¡EL HOMBRE ES UNO SOLO AUNQUE SE DOMICILIE EN UN LUGAR DISTINTO!

EL VALOR DE LOS MITOS EN LA FILOSOFIA PURA

¿La filosofía no será, en suma, una fábula, declamada con alguna profundidad, que la ha hecho necesaria a los problemas del pensamiento humano? El solo hecho de que tengamos que servirnos de alegorías mitológicas nos está probando que no es ajena a los símbolos.

Ninguna verdad puede darse en otra proporción que en la de los mitos. De suerte que, al registrar el conflicto en que cada filósofo relata la tradición de la fe en la eternidad, debe —necesariamente— referirse —con autoridad— a los símbolos justificados por su imaginación. Y esta imaginación es tan variable como variables son los territorios en los cuales se "celebra" la unidad íntima con lo perfecto.

Nos descorazonan un poco estas perturbaciones de la "tesis" solidarizada con la "antítesis". Pero renunciemos a buscar nociones de la verdad fuera de la mitología. Todo LO QUE NO HEMOS VISTO, DEBE SER UN MITO. Al asegurar la "realidad" que nos fué "contada", peligramos asegurar la "realidad" de la mitología. ¡Está el humano en la "indigencia" para razonar sobre lo que

escapa a su tacto y su visión! ¡Nos conviene asegurar lo que está detrás del alcance de nuestros sentidos!

Aquí comienza la paradoja en filosofía. Si lo desconocido cumple el fin de una realidad, en el filósofo, no tiene nada de audaz, ni es impostura, asegurar que la filosofía es la autoridad que alcanza la antigüedad, estimulada y restablecida en base al orden exclusivo de los mitos. ¡No oculto mi desconsuelo por esta aterradora realidad!

LA LEY DE CONTRASTES EN LA FILOSOFIA

La especulación filosófica está contratada —por decirlo así— a la ley de los contrastes, de la cual se sirve para que las simultáneas formas del pensamiento puedan tener punto de apoyo en el elemento que lo resiste. En tanto que una desesperación mental pueda detenerse por el contraste, estáremos salvados para la razón humana y social. Lo "bárbaro" hace que vayamos hasta el contraste de lo "suave". Las cosas "calientes" nos obligarán a meditar en las cosas "frías". Las cosas "fuertes" tendrán de "enemigas" las cosas "débiles".

La consciencia y la subconsciencia aplican los términos que al oponerse aseguren que todavía negociamos con las contradicciones. El filósofo debe ser un subordinado a los contrastes, para que la plenitud de su alma y de su cerebro no esté dominada por la obcecación enfermiza. Una piedra atada, frente a la corriente, se mantiene a nivel del agua. Con la corriente a favor, se precipita. En la aeronavegación, el viento de frente eleva la máquina. Esta relación posible es necesariamente el "ombligo" del conocimiento filosófico.

¡No llamemos nunca filosofía a los temas originados fuera de las conclusiones en que nos pone la proporción de un contraste! Para el "tacto" de la imaginación de un filósofo, el contraste más tenue difiere la afirmación de su espíritu, porque nota la impiedad de un elemento que no se acomoda al justo y perfecto término de la afirmación que se establece en el equilibrio de los contrastes.

LA IGLESIA NO MOLESTA AL FILOSOFO

Orientando la filosofía hasta el ángulo de las definiciones que se integren con la fecha contemporánea, diremos que la IGLESIA NO MOLESTA AL FILOSOFO. La Iglesia es para el filósofo el museo que guarda el documento —más o menos probable— de la vida ejemplar de entes humanos, que la sacrificaron por sus "hermanos". En estos locales —hogar de fantasmas teológicos— se suministra con eficiencia el material para la meditación empírica acerca de nuestra forma efímera, que suple los recursos de montar la misma meditación con otro material de imágenes.

El militar querría que sus hijos fueran militares, el profesor querría que sus hijos fueran profesores, el filósofo querría que sus hijos fueran filósofos. Como la especulación magistral todavía no ha tomado formas definitivas en el cerebro humano, debemos respetar estos institutos —gremializados— hasta que la posibilidad y apasionamiento por comprender nuestro destino nos haga a cada hombre una catedral.

La ventaja económica del clero ha hecho probable multiplicar estos edificios preferidos por los que buscan el misterio. En las iglesias el filósofo encuentra la "esencia de fantasmas en solución ma-

dre" (permítase esta imagen gráfica). Fuera de ella, en el materialismo, encontramos la "esencia diluída". La "triquiñuela" del espiritualismo es análoga a la "triquiñuela" del materialismo. Si esta "aula" para deletrear las primeras vocales del alma, molesta, es porque todavía no nos hemos superado. En el que se acerca a "dialogar" con los fantasmas puede haber pasta para un filósofo. En el que no "litiga" con el hombre interior, no se hallará más que el esquema de carne y hueso.

EL ERROR DE LAS RELIGIONES

En su origen, las religiones primitivas, como las religiones actuales, no son otra cosa que escalas de la sabiduría humana, desmonetizadas en su interpretación por las sociedades.

El abismo que existe en una y otra religión subsiste porque ellas procuraron predominar fuera de su eje, que es la íntima realidad.

Cuando las religiones se apresuran a dar la forma física de su poderío caen en la afirmación de diez hombres, mil hombres, cien mil hombres. He aquí porqué la religión humana no actúa sino como finalidad y medio. Una religión para ser pura deberá ser abnegación. Las religiones que contraen el compromiso de adorar la emoción que produce el mayor número de "equivocados" es imperfecta. Los resultados de una enseñanza filosófica serán negativos en tanto sean aprisionados por una afirmación omnipotente. Esta sola palabra es el "corselete" de hierro. La religión está al servicio del crecimiento, que es la eternidad en todas sus formas naturales. Si suprimimos la intervención de la dialéctica intelectualista, que ha enmarañado la filosofía con tantas escuelas como hombres que la interpretaron, veríamos cómo sólo nos queda —sin suspicacia—

un estado estricto que restablece nuestro engaño dogmático. TODAS LAS RELIGIONES SON INSOLENTES Y ATREVIDAS. La moral bíblica es la religión de la eternidad. Y de la apariencia anticuada del nihilismo del viejo y del nuevo testamento, justificamos las revelaciones conjuntas de hechos que la teología "canjeó" en "milagros" para dominar por el miedo accesible a los pusilánimes.

PORQUE AL FILOSOFO NO LE INTERESA EL ENGAÑO

Si el filósofo pudiera "hacerse trampa" a sí mismo, es posible que buscara el engaño. Pero ha descubierto que él conoce todos los recursos de que se ha valido para engañarse. ¿Ante quién engaña el que engaña? Acudo a la "cordura", para desentrañar la idea confusa que se tiene —generalmente— del cerebro y del espíritu informado de los recursos de que se sirve la eternidad para denunciarse en uno o en muchos hombres. Cuando engañamos somos nosotros mismos los deshonrados. He aquí porqué el régimen capitalista —explicando el régimen coetáneo— ha condenado al género humano —sociedades organizadas— a sufrir el engaño y recibir por este "delito" el pago de su crimen.

El entendimiento es concedido para que nos eduquemos en la realidad. Pero el sistema de cambio nos ha obligado —no me refiero al que está en actitud filosófica— a "creer" que un régimen jurídico involucraba y se apropiaba del destino del género humano.

Las perturbaciones "arancelarias" no mandan en la "misión" de la eternidad. El hombre contemporáneo se ha visto envuelto en su autoridad y en su raciocinio por los contrastes y depresiones de los

recursos capitalistas, como si de la "pompa" fabricada por la estúpida vanidad del patrón económico dependieran los rayos del sol.

Interprétese que la avaricia de este ensayo es prodigar el sentido cándido que para la filosofía tienen las aventuras con la "moneda". El hombre menos engañado es AQUEL QUE NO SE HA ENGAÑADO CON LA CIRCULACION DE UN PAPEL O UN METAL ESTAMPADO CON UN DIBUJO O UNA XILOGRAFIA.

EL "LOCO" NO EXISTE

El loco —utilizando la denominación profana— no existe para el filósofo. ¡Sí el enfermo!, inhibido para la canalización de su idea parasitaria. Excluyendo los casos en los cuales la patología ha lesionado los centros motores, todo el género humano está "loco" o todo el género humano está "cuerdo". Las dimensiones de la realidad de un cerebro están en el globo de su cultura, de su imaginación y de su régimen de vida.

Es inhumano calificar de loco al sistematizado. El "loco" tiene razón. ¡Su realidad es tristemente cierta! Lo que ocurre es que insiste fuera de hora. Si un botánico, un financista, un político, iniciaran constantemente el "tema" de su especialidad, caería en la sistematización de sus "ideas" y de sus "fantasmas", para dar el cuadro clínico de un "loco". Para la sociedad, y para el plano de la vida de relaciones históricas, todo el que hable de cosas que no se acomodan y no se sujetan al desarrollo contemporáneo, "están demás". El filósofo sonríe ante la aguda ignorancia de los que desconocen que aún, en la hipótesis de que el siglo en que vive no comprendiera una doctrina, no por esto ha perdido la razón. La razón no la concede una masa gregaria. ¡La razón se tiene ante sí mismo por el veredicto

de un testimonio logrado en el litigio constante con la cultura de todas las edades! Y aún suponiendo que una cabeza discute la validez de una doctrina filosófica que empieza en él, no por esto ha perdido el equilibrio psíquico. Estaríamos, entonces, frente a la maldición del creador o del inventor que tiembla cuando descubre una verdad eterna, que le conmueve profundamente porque le predispone a la idea de su error. Si la duda es el único "albacea" de la filosofía, emocionémonos ante la angustia del filósofo, que desde su "delirio" lucha para probarnos que no ha perdido la razón. SOLO ESTARIAMOS LOCOS SI NUESTRA NORMALIDAD NO TUVIERA ACOGIDA EN UNA SOLA ALMA.

EL PRESENTE NO EXISTE

La perfección de la "caja y de los resortes anímicos" es terminante. El examen de las cosas presentes dura tanto mientras podamos acudir a determinarlo, comparándolo con el futuro o el pasado. ¡Filosóficamente el presente no existe! El filósofo no puede tener nunca razones suficientes para asegurar la existencia del presente, pero tampoco para negarlas. Su "PRAGMATISMO" es inducido; porque ha debido escoger un postulado. Kant conviene en que su salida hacia la eternidad es la esperanza en el futuro de su vida. El pueblo sabe "que todo tiempo pasado fué mejor". Comte contribuye a destruir la idea científica, por su esterilidad frente a los hechos de la naturaleza. Expresa así el "infortunio" de la realidad presente —hablamos de realidad en tanto podamos llamarla "ciencia". La razón del instante es impotente para asegurarse como facultad legítima. He aquí que debe fundarse en el pasado análogo o en el futuro análogo. La filosofía contemporánea está como cuando salió de las manos de Pirrón — 360 años a. J. C.

Si aceptamos mucho el panteismo espinosista, hasta vacilaremos de vivir el fenómeno que nos permite interesarnos por las localizaciones del pasado y del futuro. Profundizando el panteismo, se niega a Dios, y acorralado por esta idea fija, nos

negamos a nosotros mismos. El "panentexismo" es más piadoso con el hombre: le permite resumir su opinión mediante la lógica que multiplica la excitación que le provoca el contacto y la "proyección" de lo que ve a la distancia. Pero la filosofía no está en la periferia del campo visual. Un ciego es filósofo. Entendámonos. La superficie de los hechos contemplados son agentes que no intervienen en el "pacto" de las "teorías filosóficas".

LOCALIZACIONES NO FILOSOFICAS

En los fenómenos subjetivos de la filosofía —hablamos del iniciado en esta consoladora especulación— es prudente interpretar las manifestaciones de la patología, cuyo aminoramiento o exaltación corresponde establecer. Los aspectos de anestesia, hipoestesia, hiperestesia, cenestesia, no deben sumarse a las excitaciones que provocan —con variable graduación— en el "aprendiz" que se entrega a cultivar los "movimientos de inversión", debidamente llamados por W. James y Schiller.

Si la categoría de estos apuntes son de utilidad para el predestinado a "verse" internamente —demos la palabra más manual—, estimulemos el comienzo del "filósofo" anunciando la paz interior que secunda a la desesperación inicial. No busquemos en la "medicina" la "bebida" que nos atenúe y nos robe los "fantasmas". Los médicos son buenas personas a los que se les muere la madre, los seres queridos, se envejecen ellos y ¡también ellos se mueren!, con toda su "sabiduría". Están obligados a conocer la "anatomía" de las almas, cuando no conocen ni la de su cuerpo. No vinculemos la claridad del espíritu a la obscuridad del "argot" con el cual tienen que ganarse el pan de sus hijos y de su hogar. En las sensaciones desorganizadas de un sistema nervioso enfermo es probable que sean mediadores más o menos felices. Pero en las sensaciones de la filosofía, el médico —si no es un versado en esta especulación— es un ignorante más.

LA PASION POR LA GLORIA ANTE LA FILOSOFIA

La "idea" secundaria de la pasión por la gloria sólo es el arte de imágenes ofrecidas a una colectividad, en permuta de problemas de alta especulación filosófica.

Si las pasiones —válvulas de combustión química— han aconsejado el abominable "camino de la gloria", sólo se trata de una barbaridad tenida por "agradable". No es una osadía asegurar que el filósofo debe ser el hombre curado de pasiones que representen con su prosperidad la anulación de otros hombres.

La pasión es una idea desatada en cólera. La cólera, por tratarse de un exceso, es la instigación burda, cerrada a la equidad.

LOS HOMBRES SINDICADOS COMO PERSONALIDADES GLORIOSAS SOLO FUERON AMBICIOSOS ENSEÑOREADOS CON LA PEDAGOGIA DE UNA LOCURA —sistematizados unilaterales—. La diplomática erudición gastada para abastecer estas mentes inestables de la verdad filosófica no pueden ni deben adaptarse al espíritu que cree en la evolución eterna. Si permaneciera con firmeza este "curioso" criterio de la gloria, la humanidad se habría degradado. La implacable persecución de hechos, que radican y se sitúan en el

dominio de los instintos en su máxima actividad, nos habría dado la gloria de matar, la gloria de amontonar dinero, la gloria de manejar esclavos, la gloria de manejar mujeres, la gloria de destruir, etcétera. El filósofo tiene un "interés difuso". Si se sobornara a esta idea —la gloria—, habría reducido su amor a la humanidad. Cuando hablamos de amor siempre nos referimos a la esperanza que nos alimenta de vernos tratados y colocados en el plano de la comprensión.

Pero si en la pintoresca imaginación de la gloria intervienen algunas configuraciones absurdas, no lo es menos el sentido glorioso de la colectividad contemporánea acerca de este "fantasma". La gloria histórica es generalmente la gloria bélica. La gloria de los disfraces. Para dar la idea gráfica, diremos, la gloria de los sastres; que han hecho y adornado el hombre —pretexto eterno al servicio de una utilidad de la época—, con trapos adecuados. La gloria del filósofo es la que le permite poder estar definitivamente solo.

LA ETERNIDAD DENTRO DEL HOMBRE

Fuera de la materia pura —recipiente nebuloso complicado con la jerga técnica— ¡existen sólo manifestaciones de eternidad!

Toda ella está dentro de él. Suprimido el material humano, no queda "indemne" de sensaciones la eternidad. Nuestra existencia sólo se certifica por los ciclos. Cuando morimos, modificamos nuestros ciclos. Y sólo desaparecemos para los que nos contemplan. Para sí mismo, el hombre no muere. Se modifica. En tanto llega esta modificación que puede ser precipitada por traumatismos o infecciones —formas de la llamada muerte—, han de darse, internamente —con aparente inercia—, los fenómenos de la eternidad y la comprensión que fué puesto al mundo de lo sensible. ¡El hombre nace sabiendo! Lo que él llama "cultura" es la pueril delimitación de su ignorancia para los ciclos que irá poco a poco descubriendo dentro de su cerebro y de su espíritu. A condición de que se me entienda, diré que un ruido se percibe si el ruido está almacenado en nuestro interior. Si no es así, no lo percibiremos jamás, aunque el ruido sea una realidad. ¿Cuántos son los ruidos que nosotros no sentimos y que se producen fuera de la órbita de nuestra receptibilidad? ¿Cuántas son las maravillas que existen y que escapan a la prisión de nuestros ojos? Si fuéramos ciegos, los

paisajes no serían contemplados. Para no librar a un largo mecanismo que agota explicar y no trasciende, he dado un testimonio familiar al hombre. ¡Todo lo perfecto e imperfecto está guardado dentro de nosotros! El libre arbitrio de la interpretación se regla para que se haga compatible a la etapa social. Una verdad no adiestrada al momento, podría parecer una alucinación —a despecho de la comunicación con lo eterno—. En la búsqueda de las urgencias estrictamente alimenticias el hombre anula las dimensiones de las fórmulas eternas que se cobijan o que las "devoran" hábitos determinados.

No despleguemos ingenio para sustraernos a la infinita sustancia.

¡El mundo tendrá únicamente el valor del que lo contempla! Y en la dilatada campana de sus ilusiones está la firmeza definitiva de sus experiencias. ¡El hombre nace grande! ¡Se debilita progresivamente cuando se incorpora a un afán terrenal e histórico! No hay otra semejanza de Dios que la del hombre. Lógico es, entonces, que en su "cabina" esté intacta la eternidad.

Renuncio a dilatar esta sugestión, para encerrar el sentido que tienen los ciclos como riel para la vida. Toca a los ciclos ser el único testimonio de que nos levantamos y nos acostamos diariamente.

NO HAY MUERTOS

¡Nadie muere! A la tétrica escena en que la colectividad asiste a la modificación de una vida, se ha dado en llamarle muerte. Para el filósofo, la humanidad no muere nunca. Admite los caracteres de esta palabra porque en la contradicción de la naturaleza es necesario que una graficidad "traumática" descongestione un "fantasma" con otro "fantasma".

Las denominaciones son humanas, y por ser humanas, más vinculadas al error. Nacemos y "morimos" diariamente en nuestro sueño. Las horas de sueño nos sustraen al manejo de los "fantasmas" codificados para la colectividad. El "espesor" de la realidad de los sueños es análogo al "espesor" de la realidad social. Cuando una imaginación y un cerebro fuerte reconstruye los fantasmas de su sueño —mientras dormía—, se corporizan con la nitidez de las imágenes objetivas. Hay ciertos recuerdos que persisten con un carácter tan físico que están presentes ante nuestros ojos. El sueño sólo es descanso de la materia que al reposarse estabiliza los "coloides", para usarlos de nuevo en la "combustión" de un nuevo esfuerzo de mañana. Para la eternidad, el hombre no muere porque es la determinación divina —divina porque es eterna— y también esto es un fantasma más, que ha cobrado

estructura conforme la mentalidad del que se imagina lo divino a su manera. El objeto tiene el carácter de un objeto. Permítase que en el terreno de esta especulación una imagen, quitada de nuestra vista, no signifique su muerte. La muerte no "confisca" el engaño en que "vivió" un ente humano. El proceso, casi diríamos vegetal, de los organismos no influye en el "sistema" de crecimiento del que se sirve la eternidad. Cuando un espíritu y un cerebro no han instalado definitivamente su permanencia en determinado tipo de "fantasmas", su modificación —o sea su muerte—- es un experimento más del misterio. Serénese el que crea estar alucinado con una idea distinta a la que, como destino filosófico, tienen todas las especies. En la especie animal también se suscita el interrogante de la muerte. Con menos depresión crítica, porque algunas escalas zoológicas no están moderadas por juicios frenadores o "fantasmas" de contrastes. Pero como la fuente originaria es análoga a la del hombre, en el "código" simultáneo de las desigualdades de formas objetivas, perciben la "muerte", como los humanos de nuestra escala. Ahora bien, en tanto que no se "marchite", la imagen de los seres que han "muerto" está —cotidianamente— en nuestro espíritu. MUERTO SOLO ES AQUELLO QUE SE HA OLVIDADO DEFINITIVAMENTE! Mientras tengamos memoria del "fantasma", la persistencia real es innegable en el filósofo. Sólo están diferenciados los fantasmas por un fenómeno de nitidez.


SEGUNDA PARTE

EL TEMPERAMENTO FILOSOFICO Y LA DIFUSION DE IDEAS FILOSOFICAS

¡Para el filósofo, la historia, la puede modificar en su curso un hombre! No puede considerar de otra manera. Hemos dicho en este breve "cursillo" que el hombre es la eternidad — en su interpretación.

Y aquí entro de nuevo a debatir —siempre a condición de dar la fase humana— los hechos polémicos de los cuales depende la difusión de las ideas filosóficas. Si la disconformidad fuera una mera interpretación personal no anexada a la faz humana y social, las probabilidades de exponer una teoría serían negativas. Con alguna mordacidad, dije que "si Jesús de Nazaret tuviera que llevar la Cruz nuevamente, la haría trasladar en una chata Ford". Hoy el caso de Diógenes sería ineficaz, para esta y cualquier generación. El filósofo, con su farol de coche placero y su barrica, no pasaría de un simple caso de un vago más en "Puerto Nuevo".

Lograda el temperamento filosófico, y el conocimiento del mismo, hay que salir a la calle. ¡Convertirlo en una doctrina! Temar, ¡con tenacidad! ¡Insistir, sin conmoverse! ¡Despeñarse por arriba de la edad que se vive!

El que tiemble antes de ejecutar estas cosas, no es un temperamento genuinamente filosófico. Será, solamente, un conocedor de los movimientos de la filosofía, que es cosa muy distinta. Es indudable que las masas carecen de interpretación. El pueblo argentino tiene una estadística de sesenta y dos por ciento de analfabetos. (Datos estrictamente oficiales). Compárese la mentalidad, en la cual entran gran número de "entes" que se creen con derecho a juzgar y vaticinar de una actitud filosófica. Dice Luis Araquistain que "es un error vulgar suponer que los años hacen antifilosóficos o antirrevolucionarios a los hombres. Los años no hacen sino revelar el verdadero carácter a cada uno. Más que la juventud —en que nadie sabe aún qué es a ciencia cierta— son la madurez y la vejez las edades de la irreprimible sinceridad, cuando ya en el cenit, o en el declive de la vida, el hombre necesita descubrir su personalidad esencial y quitarse la máscara, consciente o inconscientemente, que la falseaba. Entonces aparece el rostro del revolucionario o del antirrevolucionario".

El autor de la "Esencia del marxismo" dice una cosa que, para mí, es totalmente "fiambre". Cuando yo me presenté a retirar mi título de médico, en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, vestido de agente de policía, carrera que había hecho con verdadera angustia, costeada como mecánico dentista y "falso dentista" en un pueblo del sud de la República Argentina —cuyas notas gráficas aparecieron en distintas revistas de la época, —de riguroso uniforme— lo primero que repugnó a mi alma y mi cerebro de niño —tenía diez y nueve años, a cuyo efecto adulteré la edad, — fué la indiferencia a este acto que yo consideraba de una trascendencia dramática. Los profesores,

que por piedad no nombro, al presentarme decían: "el doctor Fulano, que hizo su carrera de vigilante de policía". Los "colegas" creían así mermar la intensidad de mis anhelos de superación y mi vocación humanista, que la tuve y aún la conservo. Antes de irme a Italia —en un viaje que resolví en un par de horas— como médico de un vapor de carga, juré vengarme de toda la "sabiduría oficial". Ya se destacaba en mi espíritu una marcada aversión a la estratagema de la "ciencia". Por aquel entonces murió en mis brazos una amante mía, a la que estaba atado por los ardores de la carne y de la identidad intelectual. Era la mejor testigo de mi dolor. Siempre se ama a los amigos que tienen fotografías de nuestras amarguras. ¿Si yo no podía salvar de las garras de la muerte a una cosa que lo hubiera hecho con una profunda vanidad y acaso amor, para qué me servían mis conocimientos? Dios descubría a mis ojos mi pequeñez ante la eternidad. Desde ese entonces amanece un sistemático anarquismo intelectual, que hoy, a los treinta y cinco años, se ha hecho adulto. Todos conocen, porque yo me encargué de difundir periodísticamente el hecho, aquel original acontecimiento ocurrido en la ciudad de Rosario de Santa Fe. El doctor Nicolás Dasso, médico veterinario —famoso por el proceso que le efectuó un abastecedor por extorsión en un "decomiso" de casi un millón de huevos, que vendió en su beneficio—, me ofrece un cargo de inspector de bromatología. Me nombran, en el mismo, en mérito al "susto" que tenía de mis conocimientos en la materia. ¿Cómo no lo iba a tener, si fué precisamente mi tesis? Después de un mes, el doctor Lemerich Muñoz, y Roca, veterinarios ambos —el primero muerto y el segundo prestamista—, ini-

cian en los diarios de "La Capital" una campaña, en la que atacaban a los "falsos veterinarios". Dasso me pide el título, y yo, con un cinismo juvenalesco, le pinto uno, a la acuarela, y se lo envío al señor intendente. El intendente llamó a un pobre desgraciado que funciona de cónsul uruguayo, un tal Núñez Macaneiro, y resuelven declarar que ese título era falsificado. Por ahí anda la crónica jugosa de este hecho, que si no tuviera difusión, dejaría de merecer comentario. Cuando Lenin falsifica dinero declara que es precisamente para evidenciar la poca importancia de estos papeles pintados con una corona del Estado, que por no ser la expresión del dolor de la mayoría del pueblo, no tienen la importancia que el falsificado, que es el reflejo de la angustia de la mayoría. Además, estos cretinos desconocían que yo en tres meses di un examen brillante en la Escuela Industrial de la Nación. Pero no nos hagamos ilusiones; los doctores, los cónsules y los funcionarios no leen ni diarios viejos en la letrina. Y si leen, son crónicas sociales, en las que figuran sus nombres y el nombre de los "personajes" a los que ellos tienen que "mascarle la capellada". Esta audacia explicada es para llevar a los hombres {jóvenes hasta las puertas de lo enorme. Un novelista que, como yo, ha vivido el drama conandoylesco, en todas sus formas, necesita inclusive —para ser gabinete— asistir a la "disartria" intelectual, para que ella reconstruya el sentido que ha de salvar a la humanidad, obligando a que por la vía de la dialéctica con lo absurdo, la especie entre en el territorio de la razón.

Si la aparente ausencia de escrúpulo añade una "precipitación" más, a este como a otros acontecimientos en los que he sido organizador y actor,

no por eso mi insurrección para los hechos contemporáneos me restaría el reconocimiento, ya que son puestos al servicio de una mayoría. ¿Me ha aportado ventajas la "anilina" con que yo he "embetunado" mi dignidad en la sociedad? ¡Ninguna! No obstante ser la sociedad el código de los canallas con suerte y los canallas sin suerte, a un hombre al que se le "conoce" alguna burla sangrienta, es desdeñado. Los episodios parciales o totales le comprometen su lugar en la vida de relaciones. Repito, porque los canallas individualizados se molestan con el que no tiene interés en serlo. Tan vil es la codificación del régimen capitalista y sus tretas, que ha tenido que fabricarse un código de canallas, que es el Código Civil. Ya que el robo es inherente al régimen de la moneda. Y del origen robo, el tiempo ha dado un brevet. ¡Hoy es comerciante! Insisto que hay preconcebida discordia en la exposición. De la sugestión filosófica confecciono un puente hasta los hechos de la economía política contemporánea. Pero es indudable que el filósofo —que sólo es el hombre que interpreta el destino de la masa—, debe unir su amor a las aberraciones reconciliables con la meditación. Primero el filósofo, después el científico, entregado a desintegrar la idea de un sistema cultural que no da ni paz ni pan a los hombres y que el Estado no se atreve a negarlo, no obstante la visible inutilidad de los títulos que entrega y de la "cultura" que otorga.

LA IMAGINACION EN LA FILOSOFIA

He dado algunos extractos de hechos y las sugestiones, para "sospechar" que el cuadro "utópico" estaba encaminado a una actividad que nos libertara del dolor que tiene postrado al mayor número de hombres. Si un escritor —filósofo o no— escribe para la sociedad, su pensamiento no puede escapar al interés de la masa. La controversia no puede doblegar la finalidad filosófica. Nuestra imaginación no carece de fundamento cuando la adaptamos a una fábula que puede anexarse como acontecimiento "histórico". Voltaire se propuso concluir con las tradiciones intolerables. Su extensa obra está llena de ideas "utópicas" y si por razones de temperamento no tuvo valor o no quiso salir con una vaca, ha sido porque sus coetáneos no necesitaban de lo absurdo para excitarse con un problema de cultura filosófica. Enlacemos estos testimonios personales a los que en el orden artístico han dado las corrientes intelectuales en nuestro país. El escultor Juárez, de Córdoba, "fabricante" de estatuas monstruosas, sólo es un anarquista, con sentido de eternidad. ¿Creyó alguna vez que las mujeres y figuras que él hace pueden tener esa simetría y esas formas? ¡No! Juárez golpea al espectador con la "utopía". ¿El

pintor Borla, cuando "confecciona" esas mujeres de sus telas, ha pensado que esa es una aspiración social? ¡Lógicamente, no! Se sirve de lo bellaco, de lo increado, porque el contenido de su desesperación logra, por adulteración, dar la idea de la belleza única y definitiva. Petorutti no debe haber creído nunca que esos cuadros futuristas representaban nada. Si el arte fuera ese "amachimbramiento" de planos y ese "amontonamiento" de ángulos, estamos locos todos los que creyéramos, inclusive Petorutti. La finalidad, en arte, es proponerse las sugestiones que la naturaleza encierra en sectores que no son las telas ni las estatuas.

En toda la edad media la teoría utópica instrumenta la filosofía. No me ufano para hacer un inventario definitivo en estos apuntes, que descubro las bases de un vasto plan social, con contenido filosófico. Pero no dudo que se irá haciendo más "tangible" y difundiendo el "génesis" de todo el mecanismo adaptado a un movimiento realizable. "Un día basta para tumbar o elevar las grandezas humanas". Por boca de Sófocles se nos asegura cómo la adversidad ensaya, en la vereda opuesta, el rumbo próspero de una idea, hasta ayer, tenida en menos.

LA "INCINERACION" DEL FILOSOFO

En esta nota yo he descubierto los hilos de mi labor, para darla como ejemplo a la juventud. ¡No me he defendido, porque no me interesa defenderme, ni la pureza de mi vida de la boca para adentro pone en peligro la paz de mi alma! La depravación, desgraciadamente, fué una manera de adular la ignominia de los otros, para que se contentaran de no ser exclusivos en el renglón de las infamias. El desborde y los hábitos exentos de serenidad —en apariencia— no pueden penetrar en un metafísico y en un filósofo. San Agustín, el pederasta confesado, llega, para completar su "gabinete orgánico", a soportar el asco que le da su propio cuerpo.

El filósofo no está nunca dentro de su cuerpo. Como no he estado yo en los momentos que acompaño la vaca. Yo contemplo al que va en su "química" pintoresca, para que este exceso dirima y defienda el alegato de los que todavía están dentro de su organismo. Hablarle a una vaca carece de importancia. Mas si este diálogo es la universalización del filósofo, ¡es bárbaro! Destruída así la entidad social del que aspira a quedar ileso, por encima del patrón y la codificación de fantasmas locales, el espíritu de los iniciados irá "incineran-

do" paulatinamente el amor a las formas terrenales, para quedarse con las eternas. Esto, que pareciera el sueño hermoso, del que puede desnacer a voluntad, es una realidad que no nos quita de la tierra. Endurecida la voluntad, el espíritu y el cerebro, el hombre logra salvarse, para tener dimensiones que recién empiezan a compararse a las de un semidiós. Al interesarme que se haga popular este sentido de "heroicidad", suplico que no se gaste indiferencia por la prueba humana que aporto. Temiendo yo mismo, y buscando por todos los caminos, las formas en que solamente quedara mi esfuerzo aplicado a la colectividad, me encargué de difundir este alias "El Hombre de la Vaca". Esto —que fué el título de mi artículo periodístico que viera la luz, oportunamente, en el diario "Crítica"—, logró el "sepelio" definitivo del hombre social. Yo lo maté, para que el Hombre quedara en la historia de la literatura, como un affiche humano, que se acerca a una vaca para dar la medida de su amargura filosófica.

Yo he constatado la trascendentalidad del dolor que encierra. El día que se comprenda que mi vanidad intelectual —humana— la desprecié para engendrar una utopía en el campo de la filosofía, servirá de elemento en el dominio de las ideas preconizadas para salvar y manejar a los hombres de una colectividad. Entonces se cambiará la idea "ridícula" del "Hombre de la Vaca". En el terreno del pensamiento la utopía es la única tradición mental que "estuvo de moda". Al filósofo y al iniciado en esta especulación no le queda ni debe usar otra arma de combate.

LA DISTANCIA EN LA FILOSOFIA

El hijo del prefecto de policía de París se limpia el culo con una carta, y se la repite al presidente de la República Francesa. Acababa de egresar —laureado— del Instituto de Filosofía y Letras. Con la misma, le acompaña su título y su medalla. Este hecho despiadado en apariencia, toma las formas de un argumento que hay que estimarlo porque viene de un hombre que ha hecho antesala en la disciplina que aconseja la Nación, para ser "mejores" que los otros que no la han practicado. En el campo de la filosofía, el tiempo junta en un solo hombre las rebeldías. Cuando todo París, y su mismo padre, conoció el hecho, la burguesía pacata se quería morir. ¿Descubría su origen plebeyo? A esta clase de escándalos maliciosos he debido acudir, primero para demostrarme ante mí mismo que tenía el valor de envilecerme, sin que las imágenes de una colectividad hirieran las de mi cerebro. Segundo, porque el sentido social de mis actos habría desaparecido si yo no difundiera estos hechos. El filósofo vive en los demás. Los ejemplos toman cuerpo cuando su origen está fraguado con un fin sublime y colectivo.

Contemporáneo de la civilización más deprava-

da, yo no puedo soportar el supremo impulso de la eternidad sin hacerlo notar a los otros ciegos que me rodean. ¿Qué diferencia tiene este caso narrado con el que realiza en la jurisdicción de la zoología de Francisco de Asís, hablándole al lobo? El código de imágenes de que se sirve el apóstol místico es, con tenue tesitura, análogo al que emplea el hijo del prefecto para desacreditar la idea de la justicia. ¿Tenía razón San Francisco al hablar al lobo? ¡No! No la tenía, porque para la razón humana —que es la del filósofo— no puede haber otra que la humana. De una se sirve la teología, que es idoneidad empírica. De la otra se sirve el estudiante parisién, porque pertenece al plano de una estructura jurídica contemporánea. El adulterio es del tiempo. Y el que bajo el "palio" de la filosofía refirma su verdad, el tiempo, carece de fuerza, ya que las "biografías" que se le incorporan son "fijaciones" "regionales", hechas por el hombre. Adviértase que para hacer sólida la utopía debo escaparme a buscar protección en el espacio, en el que cae la historia de las culturas. Pero para hablar de la sociedad y del dolor contemporáneo tengo que hacer intervenir el fundamento de la eternidad sobre el individuo. Resucito estas narraciones "inconclusas" por la responsabilidad de mi acción de escritor sobre la masa. Cuando yo luché en el Luna Park aportaba una experiencia humana, aparte del testimonio de una contextura física no despreciable. Esta escena dilucidaba ante mí mismo —como temperamento filosófico— el valor y la voluntad de superar una colectividad que mide el catch como una manifestación de inferioridad social. Si para mi íntima seguridad, por el mecanismo del estudio, he logrado la emancipación, evolucionando de la bestia hacia la eternidad,

yo soy un filósofo en tanto no me conmueva este fantasma del "qué dirán", que es —quiérase o no— la regularidad de un sistema, que rivalizar con él, es oponerse y alejarse y perder su contacto.

En el campo de la medicina nerviosa se da constantemente el caso de deficientes mentales, que han debido ser internados en los opendoors porque han perdido el equilibrio con la sociedad. Esta clase de "neurópatas" sociales está especialmente entre los checoeslovacos, que vienen ilusionados de trabajar. Poco a poco su "ilusión" cae, y se "exilan" totalmente. Desplazados del patrón de sus fantasmas con la economía y con un régimen capitalista, carecen de deducciones filosóficas que los reincorporen a la sociedad, y quedan excluídos, desgraciadamente. Se "pensionan" en la patología. Si yo poseyera la mentalidad de un tambero, o de un catcher, este acontecimiento sería la escena normal, en el libre ejercicio de la comida. Pero yo soy un escritor y un filósofo satírico, que debí sostener la lucha titánica con dos hombres. El eterno y el contemporáneo. Superior el eterno, el otro se debilitaba, pero después de haber documentado que no era llevado por un error psíquico, porque yo sufría. El iniciado en filosofía comprenderá —sin discutir— el estado y la entereza de su espíritu frente a esta clase de pruebas, superiores al tipo común. Análogo estado de espíritu es el que pasé, en una comida que di a Napoleón Bonaparte, en la ciudad de Córdoba.

Había estado leyendo a Ludwig, en "Napoleón". Necesitaba hacer una crítica oral. Pero necesitaba realizarla con el guerrero corso. Notifiqué a mis amigos y muchos que no lo eran, que el "sábado a la noche" daría una comida a Napoleón Bonaparte. Hice preparar una mesa para

veinte cubiertos. Asisto yo solo, y en la otra cabecera, opuesta a la ocupada por mí, empiezo, previo las imaginarias cortesías, a dialogar con Napoleón. El tono enérgico con que yo hablaba trajo, además de los que venían a contemplar mi "caso", los curiosos que es de imaginarse. Por espacio de cuarenta minutos hablo con el "Napoleón" que había construído para este "debut", que sólo estaba en mi cabeza. Le increpo su error histórico. Le insulto con una catarata de objeciones singulares, para ejercitar inclusive el fumismo satírico, y pido la cuenta. Pago los veinte cubiertos, "contra" la voluntad del hotelero. Le tiro la servilleta en la cara, y le digo: "Usted es un petizo deforme, que sólo tuvo una sed de sangre, porque su alma era de papel secante. Yo no puedo acompañarlo a la calle. Quédese usted aquí. ¿Qué?, interrogué. No, señor —como si contestara—; me avergüenzo de haberle acompañado, porque yo me cago en la historia".

Cuando llegué a casa comprendí que la prueba había sido brutal. Tuve que darme un baño caliente para calmar mis nervios. Yo viví con una intensidad filosófica inenarrable esta comida memorable, que el folletín aldeano comentó como el preámbulo de la patología —que tomaba la calle, dentro de mí—. Si para el que está en la especulación de su pensamiento, con un sentido eterno, cada palabra es intensamente vivida, hágase cargo el lector del organismo y de la convicción que reclaman estos aspectos, que con la apariencia de humorismo traducen la persecución a los dogmas que el hombre fabrica, y a los que para demolerlos es necesario emplear una acción meditada y difícil.

La sátira y el humorismo para una finalidad social —no conozco otra— no es un descenso in-

telectual. Es una técnica, únicamente, acaso un poco irascible, porque arranca arbitrariamente las definiciones.

Yo, por las calles de Buenos Aires, con un gorro turco, no me diferenciaba de una corporación "nacionalista" que había salido a la calle también, a pegar a los que por lógica curiosidad miraban estos disfraces. Será un poco fastidioso insistir, pero no hay ningún abismo filosófico para la interpretación de mi punto de vista, cuando se trata de demoler, dentro del estudio de una especulación que entraña eternidad.

APENDICE DE LA SEGUNDA PARTE

Stavisky era un genio en finanzas. Demostró a los ojos del mundo que toda la organización mecánica del régimen de la moneda puede ser defraudado por un solo hombre que tenga talento. ¡Era el único estadista genial, que tuvo vergüenza de conchabarse en el Estado!

Al traer la idea de este estafador que conmovió las finanzas francesas sólo me anima el propósito de dar la medida con la cual un solo hombre puede desmovilizar la idea del régimen capitalista.

Si yo poseyera el espíritu de Stavisky habría hecho lo mismo. Mas considero que el materialismo no concede la paz espiritual. La tenacidad de mi "cinismo" es puramente cultural. He defendido con ingenio las características románticas con que vine al mundo. En esta segunda parte de los "apuntes" filosóficos está mucho del laboratorio de que me he servido para burlarme y befar la ignorancia de mis contemporáneos. Porque es ignorante todo el que no ha sabido buscar su verdad.

TERCERA PARTE

LA "DESMOVILIZACION" FILOSOFICA

En este "manualillo práctico" de técnica rudimentaria, en el filósofo con contenido social contemporáneo, se justifican algunas "maquinaciones" para hacer la revolución de las ideas acerca de un sistema determinado. Como no es posible que yo haga el hombre, sino que aproveche las calidades de su espíritu, de su cerebro y de su aplicación, me he reservado penetrar con los requiebros de una fatigosa dialéctica en la mentalidad del "amateur" a la filosofía. Quedábamos de acuerdo que el hombre que busque su propia superación no puede discutir con su amor propio. Si yo, poeta, escritor y hombre de estudio, para flagelar mi decoro publiqué libros en los cuales insertaba expresiones brutales, como "me cago en la cultura", o aquella otra, "HIJOS DE PUTA, CUANDO PASA EL HOMBRE DE LA VACA SACAOS EL SOMBRERO; SE TRATA DE UN HOMBRE QUE ENSUEÑA", es porque este sufrimiento, de ser negado, revaloraba ante Dios —eternidad— la condición del hombre no amedrentado ante el orgullo de los que me rodean. La íntima ternura de mi alma, ya que no vacilo en comprender que soy un poeta, debió quedar herida cuando resolví deshonrarla con lo enorme. ¿Aquí "dragoneo"

de apóstol? ¡No sean precipitados los que así piensen! ¡HE BUSCADO SOLAMENTE SER EL HOMBRE! Y si me fuí hasta las propias barbas del Jesús filósofo es porque tengo el derecho a comprenderlo, porque se trata de otro hombre que no conversó jamás con Dios pero que le robó alguna verdad probable. ¡DIOS ESTA ADENTRO DE CADA HOMBRE! En estos pensamientos, que yo he difundido con el nombre de "VIÑOLEANAS", busqué plantear en el menor número de palabras el cambio de la idea central de un "fantasma" intelectualizado y explotado oficialmente. Equivocado o no, ¡soy un operario! He tocado las campanas del escándalo porque tengo algo que decir en este siglo, a pesar de que todo está en la Biblia. SEPAN LOS ESTUPIDOS QUE NO HAY NINGUN PROBLEMA RESUELTO, antes de nuestra vida, que nos interese individualmente. NUESTRA EXISTENCIA ES EL UNICO PROBLEMA FILOSOFICO. La misión es entretenernos hasta que descubramos la fórmula de nuestra paz mental. Y esa paz hay que unirla en la masa. El criterio teológico de la armonía, como el criterio teosófico de Krishnamurti, no es una solución, porque la trabazón jurídica, que es del mecanismo del Estado, hay que modificarla con el sentido jurídico, siempre en base a una disciplina filosófica.

Estas páginas "salvajes" y "rudas" llevarán el consuelo que merecen las desesperaciones no interpretadas. Lo que aquí falta está en los textos. ¡YO NO RECITO LA SABIDURIA DE NADIE! ¡EXPLICO LA MIA!

LA FILOSOFIA NO ES UNA INTERPRETACION CIENTIFICA! ¡LA CIENCIA ES UN ARGOT INOFENSIVO, con el que los

hombres, en la vida de relaciones, tienen que llevar el pan para ellos y sus hijos.

TENGAMOS LOS FILOSOFOS UN POCO DE PIEDAD POR LOS DESVENTURADOS, QUE EN LA IMPOSIBILIDAD DE TRIUNFAR ANTE SU PROPIO ESPIRITU, NO DEMUESTRAN QUE SON CAPACES DE ADQUIRIR ALGUN TRIUNFO EXTERNO.

¡DEMASIADO CASTIGO TIENEN CON ESTA DERROTA!

VIÑOLEANAS

VIÑOLEANAS

-- 1 --

Todo creador es un maldecido. La vida no tiene dilema para las almas y los cerebros grandes. O la maldición o el olvido, que es no haber vivido nunca.

-- 2 --

La mujer no es instrumento de goce, sino el elemento del que se sirve la eternidad para seguir creciendo.

-- 3 --

El nombre propio es el número puesto para diferenciar los estados morales. La carta escrita a fulano, le llegaría con un estado de ánimo distinto si se la remitiéramos a zutano. Un hombre es igual que otro hombre. Se diferencia en su diverso estado de ánimo desnivelado por distinta fecha de nacimiento.

-- 4 --

¿Habéis elegido vuestra estatura? ¿Habéis elegido vuestro pigmento? ¿Habéis elegido vuestro

espíritu? ¿Habéis elegido vuestro cerebro? Entonces cómo queréis conducir una sociedad, cuando debéis soportar algo que no habéis elegido?

-- 5 --

Si hay justicia en la tierra, es una sola. Ella deberá ser basada en el interés individual.

-- 7 --

El que nota que al cansarse la carne de su cuerpo ha cansado su alma, es porque no la entrenó nunca en hacerla volar de lo podrible.

-- 8 --

Todo miserable que no esté preparado para ejecutar un acto inocente ha perdido el tiempo.

-- 10 --

Según la idea de los fantasmas colectivos, el militar vestido de estameña será un sacerdote; el sacerdote vestido de guerrero será un militar.

Mas no está en el disfraz el alma del sacerdote ni el alma del guerrero.

-- 11 --

En los perfumes hay los mismos errores de la ilusión. Los olores distintos, sólo son distintas sensaciones.

-- 12 --

La seriedad es una aptitud literal de la zoología. La bestia no puede reírse. ¡No le hace falta!

Está en la honrada compañía de animales no desnaturalizados por la cultura.

-- 13 --

La música, que no es otra cosa que los ruidos con riendas, está dentro de nosotros. Ninguna nota es prodigada por la pasión exterior.

-- 14 --

Nuestras manos empezaron a pecar desde el día en que nos dijeron que "sacáramos esas manos de ahí".

-- 15 --

Para el filósofo, un hombre sin las dos piernas es un hombre con finalidad de boya marina. Delimita el mecanismo de la tracción. Unicamente.

-- 16 --

¿El cielo está dentro del globo terráqueo o fuera del globo terráqueo? Esto le interesa al filósofo mucho más que el hombre.

-- 17 --

Tener un cómplice para los veinte años que se precisan —de los treinta a los cincuenta—, es poco tiempo. ¡No vale la pena en el espacio de los siglos!

-- 18 --

Cuando esperamos que llegue hasta nosotros alguna persona, ya la hemos tenido adentro desde el instante en que pensamos esperarla.

-- 19 --

El materialismo defiende las instigaciones del ganglio y los "coloides". El filósofo se pregunta: ¿necesita Jesús de Nazaret ser gabinete de la fisiopatología para seguir viviendo?

-- 20 --

Con la muerte rescatamos de nuevo la eternidad de donde venimos. Maravillosa balanza que nos prodiga sin egoísmo el descanso de la nada.

-- 21 --

Sufrimos en tanto resistimos una teoría o un sistema. Despreciemos el sistema para salvarnos.

-- 22 --

Si un hombre de genio poseyera la moderación, habría probado que no lo es. El océano es océano porque es el agua emancipada y púber en su destrucción.

-- 23 --

El sodomita siniestro es el que estupra los fantasmas en su alma. El otro sólo toca el fantasma, sin discutirlo.

-- 24 --

Solamente un miserable ha podido creer que hay razas distintas. Sólo se trata de territorios injuriados por la inclemencia de los que estaban en mayoría.

-- 25 --

Todo lo que ocurre en la tierra es el eco de la eternidad, frenada por el hombre al querer usufructuarla.

-- 26 --

Todo talento puesto al servicio de un descubrimiento que esté fuera de nosotros es talento malgastado estérilmente.

-- 27 --

A la fantasía dirigida para matar y robar se le llama ciencia jurídica. A la fantasía manejada para jugar inconscientemente con los organismos se le llama ciencia médica. A la fantasía con tornillos se le llama ciencia mecánica. En el sopor de estos vapores, mezcla de borrachera y de ignorancia, el hombre se imagina gobernar la obra de Dios — eternidad.

-- 28 --

Si el aprendizaje de la vida no nos ha dado a los treinta años una idea definitiva de nuestra no existencia, moriremos —irremediablemente— creyendo que hemos estado en la tierra.

-- 29 --

Cada uno deberá construir sus dioses. Solamente así no perderá la razón. ¡Jesús afirmó la existencia del más probable!

-- 30 --

El creador es el hombre que nos muestra el fantasma que más se acerca a nuestros ojos. Tengamos un poco de veneración por el que acarrea cosas que no existen.

-- 31 --

La mente es la médula de la niebla que une la historia de las civilizaciones.

-- 32 --

Tradición; he aquí la palabra que reúne las leyes del error entronizado por la fuerza de voluntad que se tuvo en afirmarlo.

-- 33 --

Para el filósofo la palabra "locura moral" es una blasfemia lanzada a la eternidad. ¿Quién era el loco? ¿Fué Dios?

-- 34 --

Cuando se comprende la eternidad se vive temblando. He aquí porqué es grande el que sabe temblar serenamente.

INDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 13 25 10 009 8